

mera fuente del orden y de la belleza. Le enseñaré el balanceo feliz con que pueden debilitarse ó fortalecerse, y apoyando las reglas en ejemplos, distinguirá en las obras de Tucídides una melodía austera, respetuosa, noble, mas por lo comun desnuda de amenidad; en Xenofonte una sucesion de consonancias, cuya suavidad y blandura caracterizan á las Gracias que le inspiran; en Homero un orden siempre sabio, siempre variado. Ved como cuando este poeta habla de Penélope, se reúnen los sonidos mas dulces y mas brillantes para explicar la armonia y la luz de la belleza. ¿ Trata de representar el ruido de las olas que se estrellan contra la costa? Su expresion se prolonga y brama con estrépito. ¿ Quiere pintar los tormentos de Sisifo eternamente ocupado en subir un peñasco á la cima de un monte, desde donde vuelve á caer luego? Su estilo, despues de una marcha lenta, pesada y trabajosa, corre y se precipita como un torrente. Así es como en la pluma del mas armonioso de los poetas, los sonidos sirven de colores, y las imágenes se hacen realidades.

Nosotros no enseñamos á nuestros discipulos las lenguas extrangeras, ya sea por desprecio de las demas naciones, ya porque no les sobra el tiempo para aprender la nuestra. Lisis conoce las propiedades de los elementos que la componen. Sus órganos flexibles se acomodan con fa-

cilidad á las degradaciones que un oido ejercitado observa en la naturaleza de los sonidos, en su duracion, en los diferentes grados de su elevacion y de su aumento.

Acaso os parecerán frivolas estas nociones, que no han sido recopiladas todavia en ninguna obra; y lo serian en efecto, si precisados á agradar á los hombres para moverlos, no nos viésemos continuamente obligados á preferir el estilo al pensamiento, y la armonia á la expresion; pero son necesarias en un gobierno en que el arte de hablar recibe un precio infinito de las calidades accesorias que le acompañan; y principalmente en un pueblo de imaginacion ligerisima, y de sentidos delicadissimos, que algunas veces perdona al orador que se opone á su voluntad, mas nunca al que insulta á sus oidos. De aquí han nacido las increíbles pruebas á que se han sujetado algunos oradores, para rectificar su órgano; de aquí sus esfuerzos para distribuir en sus palabras la melodía y cadencia que preparan la persuasion; de aquí en fin resultan estos encantos inexplicables, y esta dulzura arrebatadora que la lengua griega recibe en la boca de los Atenienses. La gramática, mirada bajo este aspecto, tiene tantas relaciones con la música, que por lo comun se encarga al mismo maestro la enseñanza de los elementos de una y otra.

En otra ocasion daré cuenta de las conversaciones que tuve con Filótimo sobre la música. Yo asistia algunas veces á las lecciones que daba á su discípulo. Lisis aprendió á cantar con gusto, acompañándose con la lira. Se alejaron de él los instrumentos que agitan el alma con violencia, ó solo sirven para enervarla. Se le prohibió la flauta, que excita y aquieta alternativamente las pasiones. No hace mucho tiempo que era el instrumento favorito de los Atenieses mas distinguidos. Alcibiades, niño todavía, quiso aprender á tocarla; pero como los esfuerzos que hacia para sacar los sonidos, alterasen la suavidad y hermosura de sus facciones, la hizo mil pedazos. Desde este momento la juventud de Atenas miró el tocar este instrumento como ejercicio poco noble, y le abandonó á los músicos de profesion.

Por este tiempo sali yo para Egipto; y antes de mi partida supliqué á Filótimo que me pusiera por escrito lo demas de esta educacion, y voy á continuar la historia de ella siguiendo su diario.

Pasó Lisis sucesivamente bajo la direccion de varios maestros. Aprendió la aritmética por principios, y al mismo tiempo divirtiéndose; porque para facilitar á los niños su estudio, se le acostumbra ya á partir entre sí, segun son mas ó menos en número, una cierta porcion de

manzanas ó de coronas; ya á mezclarse en sus ejercicios, siguiendo ciertas combinaciones dadas, de manera que uno mismo ocupe cada sitio cuando le toque *. No quiso Apolodoro que su hijo aprendiese ni aquellas soñadas propiedades que los pitagóricos atribuyen á los números; ni la aplicacion que el sórdido interes puede hacer del cálculo á las operaciones de comercio. Apreciaba la aritmética, porque entre otras ventajas aumenta la sagacidad del espíritu, y le prepara al conocimiento de la geometria y astronomía.

Lisis tomó una tintura de estas dos ciencias. Con ayuda de la primera, puesto un dia al frente de los ejércitos, podria mas fácilmente sentar un campamento, estrechar un sitio, formar las tropas en batalla, hacerlas mover rápidamente en una marcha ó en una accion. La segunda debia libertarle de los temores que los eclipses y los fenómenos extraordinarios inspiraban á los soldados poco tiempo ha.

Apolodoro fué una vez á casa de uno de los maestros de su hijo, donde vió instrumentos matemáticos, globos, y tablas donde se habian

* Estos juegos servian para grabarles en la memoria el cálculo de ciertas permutaciones: aprendian, por ejemplo, que 3 números ó 3 letras, podian combinarse de 6 modos distintos; 4, de 24 modos; 5, de 120; 6, de 720; y así de los demas, multiplicando la suma de las combinaciones dadas por el número siguiente.

trazado los límites de diferentes imperios, y la posición de las ciudades mas célebres. Como hubiese sabido que su hijo hablaba á menudo de una posesion que tenia su casa en el pais de Cefisia, se aprovechó de esta ocasion para darle la misma leccion que Sócrates dió á Alcibiades. Señaladme, le dijo, sobre este mapa de la tierra donde cae la Europa, la Grecia y la Atica. Satisfizo Lisis á esto; pero habiéndole preguntado luego Apolodoro, que donde estaba el lugar de Cefisia, su hijo le respondió avergonzado, que no le habia encontrado. Sonriéronse sus amigos, y despues no volvió á hablar de las posesiones de su padre.

Abrasábase Lisis en deseos de saber; pero Apolodoro no perdía de vista esta máxima de un rey de Lacedemonia: que no se debe enseñar á los niños mas de lo que pueda serles útil algun dia; ni esta otra: que es menos mala la ignorancia, que una multitud de conocimientos amontonados confusamente en el entendimiento.

Al mismo tiempo aprendia Lisis á pasar un río á nado, y á domar un caballo. El baile arreglaba sus pasos, y daba gracia á todos sus movimientos. Iba continuamente á los ejercicios del Liceo. Los niños empiezan sus ejercicios muy pronto, algunos á la edad de siete años, y los continuan hasta los veinte. Los acostumbran

desde luego á sufrir el frio, el calor y todas las intemperies de las estaciones; despues á arrojar pelotas de diversos tamaños, y tirárselas unos á otros. Este juego y otros semejantes no son mas que preludios de las trabajosas pruebas que se les hace pasar, á proporcion que se aumentan sus fuerzas. Corren por sitios arenosos, lanzan dardos, saltan una fosa ó un poste, teniendo en las manos masas de plomo, arrojando al aire ó hácia adelante tejos de piedra ó de bronce: traspasan corriendo una ó muchas veces el espacio del Estadio, y algunas cubiertos con armas pesadas. Lo que mas los ocupa es la lucha, el pugilato, y los diferentes combates que describiré cuando hable de los juegos olimpicos. Lisis, que se entregaba á ellos con pasion, se veia obligado á usarlos moderadamente, y á corregir sus efectos con los ejercicios del entendimiento, á los que le llamaba su padre sin cesar.

Cuando volvia por la tarde á su casa, unas veces se acompañaba con la lira, otras se empleaba en dibujar; porque hace algunos años que se ha introducido en todas partes la costumbre de enseñar el dibujo á los niños de distincion. Muchas veces leia delante de sus padres los libros que podian instruirle ó divertirle. Apolodoro hacia con él el oficio de aquellos gramáticos que, con el nombre de criticos, en-

señan á resolver las dificultades que ofrece el texto de un autor; Epicaris el de una muger de gusto, que sabe apreciar las bellezas. Preguntó un dia Lisis, que cómo se juzgaba del mérito de un libro; y Aristóteles, que estaba presente, respondió: « si el autor dice cuanto debe decir; « si no dice mas de lo que es preciso decir; y si « lo dice como se debe decir. »

Sus padres le enseñaban aquella urbanidad noble, de la cual eran modelos. Deseo de agradar, dulzura en el comercio de la vida, igualdad de caracter, atencion en ceder su lugar á los mayores, decoro en el porte, en los modales, en lo exterior, en las expresiones, todo se prescribia sin violencia, y se ejecutaba sin esfuerzo.

Su padre le llevaba continuamente á caza mayor, porque es imagen de la guerra; algunas veces á caza de aves, mas siempre por tierras incultas, para no perjudicar á la esperanza del labrador.

Condujéronle muy temprano al teatro. En lo sucesivo se distinguió mas de una vez en los coros de música y de baile de las fiestas solemnes; y tambien se presentó en los juegos públicos, en que se admiten corridas de caballos, de donde salió victorioso muchas veces; mas nunca le vieron, como hacian otros jóvenes, tenerse de pie sobre el caballo, lanzar dardos, ni servir de diversion al público con sus habilidades.

Tomó algunas lecciones de un maestro de esgrima; se instruyó en la táctica; pero no concurrió á casa de aquellos profesores ignorantes, á que van los jóvenes á aprender á mandar los ejércitos.

Casi todos estos ejercicios tenian relacion con el arte militar. Pero así como debía defender su patria, tambien debía ilustrarla. La lógica, la retórica, la moral, la historia, el derecho civil, la política, fueron sucesivamente su ocupacion.

Hay maestros mercenarios que se encargan de enseñarlas, y venden bien caras sus lecciones. Se cuenta de Aristipo, que le suplicó un ateniense que acabase de educar á un hijo suyo. Aristipo le pidió mil dracmas*. « Por esa suma, « respondió el padre, yo tendré un esclavo. — « No tendreis sino dos, respondió el filósofo: el « uno será vuestro hijo, y el otro el esclavo que « le pongais. »

En otro tiempo venia una multitud de sofistas á esta ciudad, y enseñaban á la juventud ateniense á disertar superficialmente sobre todas las materias. Aunque se ha disminuido su número, se ven todavía algunos, que rodeados de sus discípulos hacen resonar las salas del gimnasio con sus voces y disputas. Rara vez asistia Lisis á estos combates. Otros maestros mas ilus-

* Novecientas libras (5,352 rs. vn.).

trados le daban lecciones, y los hombres de primer orden consejos. Estos últimos eran Platon, Isócrates y Aristóteles, todos tres amigos de Apolodoro.

La lógica dió nuevas fuerzas á su razon, y la retórica nuevos encantos; pero se le advirtió que, destinadas una y otra para el triunfo de la verdad, no solian servir mas que para el de la mentira. Como un orador no debe descuidar demasiado las calidades exteriores, le tuvieron por algun tiempo al lado de un actor habil, quien se encargó de dirigir su voz y su accion.

La historia de la Grecia le ilustró en punto á las pretensiones y los yerros de los pueblos que la habitan. Dedicóse al foro, mientras llegaba el dia de que, á imitacion de Temistocles y otros hombres grandes, pudiese defender la causa de la inocencia.

Uno de los principales objetos de la educacion es formar el corazon de un niño. Mientras dura esta, los padres, el ayo, los criados, los maestros, le cansan y fastidian con máximas comunes, cuya impresion debilitan con su ejemplo; y aun muchas veces los golpes y amenazas, indiscretamente empleados, le inspiran aversion á las verdades que debería amar. Jamas costó lágrimas á Lisis el estudio de la moral; pues su padre habia puesto cerca de él personas que le instruian con su conducta, y no con reprobacio-

nes importunas. Mientras fué niño, le corregia sus faltas con suavidad; y cuando su razon estuvo ya formada, le indicaba que eran contrarias á sus intereses.

Era delicado en la eleccion de libros morales, porque sus autores por lo comun están poco solidados en sus principios, ó no tienen sino ideas falsas de nuestras obligaciones. Un dia nos leyó Isócrates una carta que habia escrito en otro tiempo á un joven llamado Demónico*, que vivia en la corte del rey de Quipre. Esta carta, llena de fuego, pero cargada de antitesis, contenia reglas de buenas costumbres y de conducta, puestas en forma de máximas relativas á las diversas circunstancias de la vida. Citaré algunos pasages.

« Haced con vuestros padres lo que quisierais
 « que vuestros hijos hiciesen con vosotros algun
 « dia. Figuraos en vuestras mas secretas acciones,
 « que teneis á todo el mundo por testigo.
 « No creais que las acciones reprobables puedan
 « quedar en el olvido: acaso podreis ocultarlas
 « á los demas; pero jamas á vosotros mismos.
 « Emplead vuestros ocios en escuchar los dis-

* Algunos doctos criticos han creido que esta carta no era de Isócrates; pero su opinion se funda solamente en conjeturas ligeras. Véase á Fabricio, y las *Memorias de la Academia de bellas letras*.

« cursos de la sabiduría. Deliberad con lentitud, « y ejecutad con prontitud. Aliviad á la virtud « desgraciada; los beneficios bien aplicados son « el tesoro del hombre de bien. Cuando tengais « algun cargo importante, no empleeis á gentes « indignas : cuando le dejeis, que sea con mas « gloria que riqueza. »

Esta obra estaba escrita con la profusion y elegancia que se advierte en todas las de Isócrates. Alabaron al autor; y luego que se fué, dirigiéndose Apolodoro á su hijo, le dijo : he conocido el placer que te ha causado esta lectura, y no lo extraño; porque ha despertado en tí unos sentimientos preciosos á tu corazon, y se alegra uno de hallar sus amigos en donde quiera. ¿ Pero habrás notado el pasage que yo le supliqué repitiese, en que prescribe á Demónico la conducta que debe tener en la corte de Quípre? Lo sé de memoria, respondió Lisis. « Conformaos con las « inclinaciones del príncipe. Dando muestras de « aprobarlas, tendreis mayor crédito con él, y « mas consideracion en el pueblo. Obedeced sus « leyes; y mirad su ejemplo como la primera de « todas. »

¡ Rara leccion en boca de un republicano! dijo Apolodoro. ¿ Y cómo se la puede conciliar con el consejo que el autor da antes á Demónico de detestar á los lisonjeros? Esto viene de que Isócrates no tiene en punto á moral mas que

una doctrina prestada, y habla mas como retórico que como filósofo. Por otra parte, ¿ se ilustra el entendimiento con unos preceptos tan vagos? ¿ Creeis que Demónico estuviese en estado de entender estas palabras sabiduría, justicia, templanza, honestidad, y otras muchas que durante la lectura han resonado muchas veces en vuestro oido; palabras que tantos se contentan con retener en la memoria, y pronunciar como al acaso? ¿ Teneis vos una nocion exacta de ellas? ¿ Sabeis que el mayor peligro de las preocupaciones y de los vicios es el que se desfiguran, poniéndose la máscara de las verdades y virtudes, y que es dificultosísimo seguir la voz de una guia fiel, cuando la ahoga la de una multitud de impostores, que marchan á su lado, é imitan sus acentos?

Hasta ahora no he hecho esfuerzo alguno para fortaleceros en la virtud, contentándome solo con haceros practicar sus actos, por ser preciso disponer vuestra alma, como se prepara una tierra antes de sembrarla. El dia de hoy debeis pedirme razon de los sacrificios que he exigido de vos algunas veces, y poneros en disposicion de justificar los que hagais en adelante.

Algunos dias despues tuvo Aristóteles la bondad de llevar muchas obras que habia bosquejado, ó acabado, las mas de ellas pertenecientes á la moral, las cuales explicaba segun las

iba leyendo. Voy á exponer sus principios.

Todos los géneros de vida, todas nuestras acciones se proponen un fin particular, y todos estos fines caminan á uno general, que es la felicidad. Nunca nos engañamos en este fin, sino en la eleccion de los medios. ¡ Cuántas veces nos han sido mas funestos que útiles los honores, las riquezas, el poder y la hermosura! ¡ Cuántas veces nos ha enseñado la experiencia que la enfermedad y la pobreza no son dañosas por sí mismas! Así es que tanto por la idea falsa que tenemos de los bienes y de los males, cuanto por la inconstancia de nuestra voluntad, obramos casi siempre, sin saber puntualmente lo que se debe desear, ni lo que se debe temer.

Distinguir los bienes verdaderos de los aparentes es el objeto de la moral, que por desgracia no procede como las ciencias limitadas á la teoría. En estas últimas ve el espíritu, sin trabajo alguno, emanar de los principios las consecuencias. Mas cuando se trata de obrar, debe dudar, deliberar, elegir, y sobre todo, librarse de las ilusiones que vienen de afuera, y de las que se levantan del fondo de nuestros corazones. Si queremos ilustrar nuestros juicios, debemos entrar en nosotros mismos, y tomar una idea justa de nuestras pasiones, virtudes y vicios.

El alma, este principio, que entre otras fa-

cultades, tiene la de conocer, conjeturar y deliberar, de sentir, desear y temer: el alma, indivisible quizá en sí misma, con relacion á sus diversas operaciones, se divide en dos partes principales; la una posee la razon y las virtudes del espíritu; la otra, que debe ser gobernada por la primera, es el asiento de las virtudes morales.

En la primera residen la inteligencia, la sabiduría y la ciencia, que solo se ocupan de las cosas intelectuales é invariables; la prudencia, el juicio y la opinion, cuyos objetos caen bajo los sentidos, y varian sin cesar; la sagacidad, la memoria, y otras que paso en silencio.

La inteligencia, simple percepcion del alma*, se limita á contemplar la esencia y los principios eternos de las cosas; la sabiduría medita no solamente sobre los principios, sino tambien sobre las consecuencias que nacen de ellos; participa de la inteligencia que ve, y de la ciencia que demuestra. La prudencia aprecia y combina los bienes y los males, delibera lentamente,

* Parece que la palabra $\nu\omicron\upsilon\varsigma$ en su origen significaba la vista. En Homero la palabra $\nu\omicron\upsilon\varsigma$ significa á veces *yo veo*. La misma significacion se ha conservado en la palabra $\pi\rho\acute{o}\nu\omicron\iota\varsigma$ que los Latinos han traducido *provisio*, *providentia*. Esto es lo que hace decir á Aristóteles, que la inteligencia $\nu\omicron\upsilon\varsigma$ es en el alma, lo que la vista en el ojo.

y decide nuestra eleccion del modo mas conforme á nuestros verdaderos intereses. Cuando con bastantes luces para pronunciar, no tiene bastante fuerza para hacernos obrar, no es mas que un juicio sano. Finalmente la opinion se envuelve en sus dudas, y nos arrastra muchas veces al error.

De todas las calidades del alma la mas eminente es la sabiduría, y la mas util la prudencia. Como nada hay en el universo tan grande como el mismo universo, los sabios que van hasta su origen, y se ocupan en averiguar la esencia incorruptible de los seres, logran el primer orden en nuestra estimacion. Tales fueron Anaxagoras y Tales, quienes nos han trasmitido nociones admirables y sublimes; pero inútiles para nuestra felicidad; porque la sabiduría no influye sino indirectamente sobre la moral. Aquella consiste toda en la teórica; y la prudencia en la práctica*.

Habreis visto que en una casa, abandona el señor á un mayordomo fiel los pormenores de la administracion doméstica, para ocuparse él en los asuntos mas importantes: pues del mismo

* Xenofonte, siguiendo á Sócrates, da el nombre de sabiduría á la virtud que Aristóteles llama aquí prudencia. Platon le da á veces el mismo significado. Arquitas habia dicho antes que ellos, que la prudencia es la ciencia de los bienes que convienen al hombre.

modo la sabiduría, absorta en sus meditaciones profundas, descansa sobre la prudencia en cuanto al arreglo de nuestras inclinaciones y gobierno de la parte del alma, en que he dicho que residen las virtudes morales.

Esta parte está continuamente agitada por el amor, el odio, la ira, el deseo, el temor, la envidia y otras muchas pasiones, cuyas semillas nacen con nosotros, y que por sí mismas no merecen ni alabanza, ni vituperio. Sus movimientos dirigidos por el atractivo del placer, ó por el temor del dolor, son casi siempre irregulares y funestos; ademas que del mismo modo que la falta ó exceso de ejercicio destruye las fuerzas del cuerpo, y un ejercicio moderado las restablece, así tambien un movimiento apasionado, muy violento, ó muy debil, echa al alma mas acá ó mas allá del fin que ella se debe proponer, cuando un movimiento arreglado la lleva á él naturalmente. Luego el término medio entre dos afectos viciosos es el que constituye un sentimiento virtuoso. Pongamos un ejemplo. La cobardía lo teme todo, y peca por defecto; la audacia nada teme, y peca por exceso; el valor, que ocupa el medio entre las dos, no teme sino cuando es preciso temer. De este modo las pasiones de la misma especie producen en nosotros tres afecciones diferentes, dos viciosas y una virtuosa. Así es, que las virtudes morales